

Crítica Teatral

"Deja que los perros ladren"

por ORLANDO RODRIGUEZ B.

El Teatro de Ensayo de la Universidad Católica estrenó como cuarta obra del año, integrando su Tercer Programa de Teatro Chileno, "DEJA QUE LOS PERROS LADREN", comedia dramática en dos actos y cinco cuadros de Sergio Vodanovic. El autor, abogado y periodista (crítico de revista "ECRAN") había destacado ya en 1952, por su drama "EL SENADOR NO ES HONORABLE", fuerte crítica social. Luego de algunos intentos intrascendentes y vodevilescos, ha retornado a la expresión teatral de sus preferencias, el teatro de crítica a nuestra sociedad. Su conocimiento del medio legal y político le hace entregar una visión auténtica de un aspecto de nuestra realidad presente.

LA OBRA.— Si pudiéramos dar un calificativo a la pieza de Vodanovic, diríamos que es una obra valiente, en toda la extensión de la palabra. Con un lenguaje directo, sin eufemismos, sin concesiones, en forma descarnada, el autor ha ahondado en el medio social de una burguesía en ascenso, arribista, oportunista en muchos casos y tan familiar durante la última égida radical y durante el ibañismo. Quienes han ido a hacer carrera en la Administración Pública, inescrupulosamente, aprovechando el poder para el negociado y el enriquecimiento, están pintados por el autor con singular propiedad. Algunos personajes parecen calcados del medio social. Ministros que se ubicaron fácilmente en otra escala social y económica han sido retratados en la obra. Por ello, algunos espectadores veían a veces a un Luis Alberto Cuevas o "un Oscar Herrera en las palabras puestas por Vodanovic. Y no sólo los políticos. Están enfocados quienes hacen comercio, siguiendo la "positiva y didáctica" lección de Hearst, con el suceso policial del día: la explotación de la tragedia pasional o del escándalo. Y al mismo tiempo, el abuso de poder contra la libertad de prensa. El caso de ese diario "La Razón" de la obra, podría, por ejemplo, identificarse con el empastamiento de "TOPAZE" en 1937, o con las continuas clausuras a nuestra casa; en fin, larga sería de enumerar la lista de tropelías del Poder Ejecutivo en contra de la prensa cometida en años anteriores. Más aún, Vodanovic señala la compra de cierta prensa o el chantaje para silenciarla. Quisiéramos ejemplificar un hecho de la vida real, para constatar una vez más la exactitud del enfoque real del dramaturgo. El autor de estas líneas trabajaba en el desaparecido diario "Mundo Libre," cuando ocurrió la agresión contra Egipto. La gerencia de aquel diario recibió la oferta de dos millones de pesos de una colonia residente para silenciar la defensa del país agredido. Ejemplos en todo orden, sobran.

La historia entregada por el autor se desenvuelve en un característico hogar de clase media ubicado en la popular calle Portugal. Allí vive un alto funcionario de gobierno, quien ha llegado al puesto que ocupa merced a méritos personales, con ausencia de influencia política. Su mujer y su hijo tienen lógicas aspiraciones de su medio: una casa en el barrio alto y un auto moderno. El cargo del funcionario tiene relación con aspectos de salubridad. Un diario de oposición inicia una campaña contra el Gobierno y el Gabinete acuerda silenciarlo, pero como no existen razones legales, se aduce la insalubridad de sus talleres.

El Ministro encargado de obtener dicha clausura es un hombre sin escrúpulos, y compañero de colegio con el funcionario. Acude a éste para que firme la orden correspondiente, pero se niega en principio. Luego, en la disyuntiva de perder su cargo o continuar en él, a pretexto de la seguridad familiar, accede. Esto le reporta en el futuro una situación muy holgada, participando en negociados, pero al mismo tiempo produce la crisis moral de su hijo adolescente, que se siente traicionado en sus ideales. Finalmente, al cabo de dos años, puede más la calidad humana del



Sergio Vodanovic, autor de "DEJA QUE LOS PERROS LADREN".

protagonista que sus intereses y se rebela volviendo a su probidad, que quizás ha de costarle cara.

Desde un punto de vista de construcción, sólo nos merece esta obra dos objeciones. Acentuada fragmentación de la trama y cambio anímico del muchacho muy brusco en la escena final. A veces, además, el lenguaje peca de demasiado cotidiano o con intento discursivo, faltando una selección de elementos. Con todo, estos pequeños defectos casi no cuentan en el total, de gran calidad.

LA REALIZACION.— Un nuevo acierto se anotó acá el elenco católico. La representación general estuvo acorde con los méritos de la obra. Pedro Mortheiru, del ITUCH, tuvo a su cargo la dirección y obtuvo una adecuada labor de conjunto como una realización técnico-artística impecable. Aciertos incluso en el detalle: la escena de la madre y el hijo tras la ventana. O la permanencia del viejo mueble, símbolo de los tiempos de honradez, entre el amoblado moderno, corolario de los peculados. Más aún, cuando el viejo mueble vuelve a derrengarse, parece sintetizarse la caída moral del funcionario corrompido. En la interpretación, homogénea, destacaron Silvia Piñero, que entregó una caracterización plena de humanidad y

ternura, en un papel diametralmente opuesto a los anteriores realizados por la actriz. Justo Ugarte encarnó su "ministro" con humana autenticidad, realizando un trabajo total que exige nuestro elogio. Mario Montilles, en correcta labor, tuvo a su cargo al protagonista. Creemos que aún puede obtener una mayor fuerza y seguridad en su carácter, que por instantes aparece apocado o poco brillante. Mario Hugo Sepúlveda, en una interpretación más sobria que la suya precedente, nos parece superior aquí a otros trabajos por él realizados. Héctor Noguera, joven alumno de la Academia del TEUC efectuó una interpretación llena de dramatismo, conmoviendo en algunas escenas; debe corregir cierta tendencia al sonsonete y a la expresión llorosa exagerada.

Otro de los grandes aciertos de este estreno lo constituye la escenografía de Detmer Aising, jefe de maquinistas del TEUC, quien obtuvo el primer premio en el concurso abierto para este efecto. Su decorado totalmente naturalista mostró una ambientación tan auténtica, como pocas veces hemos visto desde un escenario. Al mismo tiempo, la calidad plástica de su concepción, la disposición de los elementos arquitectónicos, el localismo de la casa, el cuidado de todos y cada uno de los detalles, son algunos de los méritos de la labor de Aising. Aplaudamos la aparición de este nuevo y promisor escenógrafo. Un solo detalle señalamos como leve falla: el chocante color rojo de los sillones en el segundo acto.

Complementaron adecuadamente la escenografía, el vestuario diseñado por Hernán Letelier y la iluminación de Bernardo Trumper.

En síntesis: una obra muy valiente, necesaria en nuestro medio, realizada con calidad inobjetable.